

LA
FLORESTA INFANTIL.

Periódico de niños de ambos sexos.

A las niñas.

Artículo 4.º

Queridas niñas, solo el amor que os profesó fuera capaz de enardecer mi corazón y reanimar mi espíritu al tomar sobre mí la tarea sobrado pesada de dar publicidad por vez primera á mis ideas, que quisiera inculcar en vuestra mente de una manera indeleble; pero si algo puedo hacer en vuestro obsequio, si en algo puedo contribuir á que vuestra inteligencia se desarrolle, y vuestro corazón se forme para que comprendais vuestro verdadero destino, y los medios que debereis emplear para realizarlo, si os enseño á ser buenas hijas, buenas hermanas y os preparo el camino por donde debéis ir al cielo despues de haber sido útiles á la sociedad, ¿vacilaré ni siquiera un momento en mi propósito? No, queridas; comprendo que puedo haceros un bien y no quiero

privaros de él. Desde hoy, y si mis ocupaciones me lo permiten en lo sucesivo, doy principio à mi tarea para que en cada número de *La Floresta*, veais el interés que por vosotras me tomo. Pero; ¿que os diré? Sé lo que mas os agrada, y lo que mas os conviene, pero como no siempre lo que agrada es útil, procuraré buscar lo que sea de vuestra mas inmediata conveniencia.

Mis artículos versarán unas veces sobre economia doméstica, de que ya teneis alguna idea; otras os hablaré de los encantos de la virtud y de las funestas consecuencias del vicio, y no pocas de vuestra ocupacion predilecta, de las labores.

Estas serán el objeto de mi primer ensayo, reproduciéndoos la primera leccion que espliqué à las niñas, que con el carácter de instructoras en el establecimiento de mi cargo, respondieron à mis preguntas. Como por vía de preámbulo les dije:

«No hay para qué ponderaròs la importancia de las labores, hijas mias; vosotras la conoceréis en el trancurso de vuestra vida; y ya debéis conocer algo si fijais vuestra atencion en las ocupaciones de vuestras queridas madres. ¡Qué dispendios, que sinsabores experimentan las que por no estar enteradas de ellas tienen que apelar à socorro extraño! ¡Qué de ahorros y de satisfacciones para aque-

llas que están familiarizadas con tan útiles ocupaciones! Basta de reflexiones y entremos en materia.

—Recordareis la lección que ayer os espliqué y que voy á preguntaros?

—Sí Señora, nos acordamos.

—Pues, dínos, Amalia, ¿qué es lo que primeramente os dije?

—Qué antes de comenzar las labores debíamos saber ciertas cosas que sirven de fundamento á todo lo que despues hayamos de aprender.

—Así es en verdad; ¿pero recuerdas qué cosas sean esas?

—Sí Señora, la altura del asiento, posición del cuerpo, objetos indispensables para coser, como son la almohadilla, el dedal, las lijeras, ojalero, punzon, jaretero, agujas, hilos de hilvanar y de coser &c. y el uso que debemos hacer de estas cosas.

—Ademas dijo V., interrumpió Manuela, que las instructoras debemos saberlo con mas motivo porque tenemos que enseñarlo á las niñas de nuestras secciones respectivas.

—Tú no has debido hablar, hija mía. Ya os he dicho muchas veces que las niñas no deben hablar sino cuando se les pregunta, y aun en este caso solo lo necesario: has cometido una imprudencia en interrumpir á Amalia; ademas si todas quereis hablar á

la vez no nos entenderemos. Si el tomar la palabra ha sido objeto de hacerme ver que estuviste con atencion y que aprendiste lo que dije, lugar tendrás de hacer valer tu aplicacion, que sabré apreciar en su justo valor, y Dios me libre de ser injusta en ninguna ocasion.

Pablita nos dirá la altura que ha de tener el asiento.

—Debe ser proporcionado á la de las niñas, y el mas bajo que deberá ser para las de seis años no deberá exceder de dos decímetros y cinco centímetros, aumentando despues progresivamente.

—Bien. Josefa nos dirá que posioion debe tener el cuerpo.

—Bastante recto á fin de que no se perjudique la vista, y aun el pecho; las piernas deben estar unidas para que pueda fijarse bien la almohadilla sobre ellas.

—A propósito de almohadilla, quisiera manifestases mi opinion sobre este punto.

—Nos dijo V. que no convenia la almohadilla porque es una posioion violenta la que hay que tener para poder coser, ademas de que son de mal efecto en las escuelas, y aun insuficientes muchas veces para contener la labor. Para sustituirla nos habló V. de las mesas y bancos como los que hay en esta escuela.

—Es verdad; pero en casa no se puede hacer uso de mesas como estas, y en este caso quiero que me digas que objeto pudiera sustituir á las almohadillas.

—No recuerdo bien lo que V. nos dijo.

—Pues ya lo dirá Josefa.

—Si mal no me acuerdo, nos habló V. de un costurero que es una especie de mesita cuadrada con su correspondiente mullido al rededor, y un banquito que tambien puede ir unido á ella. Su anchura debe ser de unos cinco decímetros de lado, y el mullido colocado al rededor del perímetro de la tapa, el cual puede servir para prender la costura, clavar las agujas de que se haga uso y colocar sobre ella sin peligro de que se caigan algunos útiles que con mas frecuencia se necesitan. El banquito unido á ella debe estar provisto de mullido para mayor comodidad, y su altura debe ser de tres decímetros y la del costurero de seis, separados uno y otro á la distancia de un decímetro y cinco centímetros. Puede haber otros tres banquetos sueltos á fin de poder coser cuatro á la vez. Debe tener tambien su correspondiente cajon para contener las costuras.

—Respecto á las agujas y modo de tomarlas nos dirá algo la Andresa.

—Las agujas se distinguen por numeracion desde el uno hasta el doce disminuyendo

en su grueso segun aumentan en numeracion. Se toma la aguja con el dedo pulgar y el indice y se hace que el hilo pase por encima del dedo pequeño, advirtiendole que cuanto mas cortitas sean, mejor sale la puntada. Las de hilvanar deben ser largas.

—Perfectamente; veamos si te acuerdas del dedal.

—El dedal debe ser cerrado y se coloca en el dedo de medio.

—Todavía falta algo que decir de lo que os hablé; veamos si se acuerda la Juana.

—Sí Señora, del hilo, que lo mismo que las agujas se distingue por numeracion disminuyendo en su grueso segun aumenta el número que lo marca.

—Algo mas falta todavía, Dolores.

—Las tijeras y el alfilerero; este último conviene que no sea de metal por la facilidad con que se despuntan las agujas.

—Estoy satisfecha, queridas; voy a explicaros otra cosa y espero que esteis con atención á fin de que mañana me dejéis tan contenta como hoy con vuestras contestaciones.

MARIA DEL PILAR ARGACHAL.

Dialogo sobre premios.

La bella perspectiva que ofrece el salon de escuela elegantemente preparado para la dis-

tribucion de premios, la presencia de las autoridades y el numeroso concurso que se agolpa con este motivo; dá lugar al siguiente diálogo entre seis de los alumnos de una de las escuelas públicas de esta capital.

Cipriano. Para qué tantos preparativos? Cual es el objeto de vuestra solicitud?

Alfonso. Vaya una cuestion digna de... ¿Cómo puede ignorarse que hoy es el día en que debemos manifestar á nuestros bienhechores nuestro reconocimiento? Grandes preparativos no serian suficientes para embellecer esta fiesta que nos proporciona la ocasion de satisfacer las necesidades del corazon y probar nuestra gratitud por nuestros esfuerzos.

Cipriano. Pero para qué todos esos bellos volúmenes que están sobre la mesa?

Calisto. Esos bellos volúmenes son *La Floresta Infantil* destinados á recompensar á los que entre nosotros se han distinguido por sus progresos; son los estímulos de que nuestros bienhechores se sirven para escitar nuestra emulacion, y forzarnos, por decirlo así, á aprovecharnos de sus bondades.

Cipriano. Es probable que todos participaremos igualmente, pues por mi parte tengo derecho á una buena porcion.

Alfonso. Estas equivocado amigo mio, esas gloriosas recompensas no se distribui-

rán sino entre los que se hayan distinguido por una conducta ejemplar y que haya obtenido buenas notas en los exámenes que han tenido lugar durante el año. Esas recompensas se llaman premios, porque efectivamente son el premio del trabajo y de la aplicación y perderían todo su valor si en su distribución no se atendiese al mérito.

Cipriano. Persuadido de lo mucho que mis padres se alegrarían de que yo fuese contado en el número de los premiados, desearía saber hasta qué grado de instrucción se reconoce el mérito superior, y el glorioso privilegio de obtener la nota de sobresaliente, y en su consecuencia ser proclamado como tal ante tan ilustrada corporación. Qué satisfacción! Qué gloria sería para mí! Parece que mi digno maestro está ya ciñendo mi frente con el laurel de la victoria; me felicito de antemano. ¡Qué fiesta hoy en mi casa!

Alfonso. Un momento amigo, tus triunfos durante el año no hablan mucho en tu favor.

Cipriano. Qué es lo que dices?

Alfonso. Muy claro está; habla de tus adelantos en los diferentes ramos de enseñanza y del puesto que ordinariamente ocupas en la sección; tu sabes muy bien que la palma de la victoria te incomoda pocas veces en las manos.

Cipriano. Ignoras, por ventura los grandes adelantos que tengo hechos este año? No he llegado á ser primer instructor?

Antonio. Es cierto; pero tambien lo es, que tus compañeros de seccion no lo han hecho menos; y en ella se encuentran algunos que tienen mas derecho que tú á las recompensas, pues ya sabes que no ha muchos dias te hicieron el honor de cederte el último lugar.

Mariano. Preciso es que uno ú otro lo ocupe.

Antonio. Claro está; pero no son ordinariamente los pretendientes á los premios.

Cipriano. Yo no calculo sobre el puesto, sino sobre mis progresos; es así que los he hecho, luego tengo derecho á los premios. El sacrificio que me he impuesto de privarme absolutamente del juego en estos dias, vale por sí solo una corona.

Calisto. Mucho te ha valido, pero amigo mio los demas tampoco se han cruzado de brazos, puesto que no has podido vencerlos.

Pedro. Amigos míos, permitidme tomar la palabra para defender los derechos de Cipriano, pues no es conforme á las leyes de la modestia que haga él mismo su apologia.

Cipriano. No se trata aqui de modestia sino de premios; tengo títulos suficientes y estoy resuelto á hacerlos valer: soy capaz de

defender mis intereses; te doy las gracias amigo mio; la causa es muy importante para abandonar á otro la defensa. Entro en materia sin preámbulo.

Por lo que respeta á mis progresos en lectura, ya los conoceis vosotros; sin embargo, la anécdota siguiente aumentará vuestra conviccion. El otro dia celebró mi papá su cumpleaños y sea dicho sin vanidad, yo era uno de los principales personajes. Despues de haber hablado de diferentes asuntos inspirados por las circunstancias de la fiesta, se me propuso la lectura de uno de los artículos de *La Floresta Infantil*. Me ofrezco voluntariamente como ya podeis pensar, y se aceptan mis servicios con tanta mas razon quanto que mi talento por la lectura comenzaba á hacer ruido en mi casa. (risas) Si... en mi casa.... Tomo un número de *La Floresta*, elijo un artículo que me gustaba, entono con las inflexiones de voz mejor graduadas, y las mas en relacion con el objeto; terminó mi artículo y todo el mundo empieza á aplaudirme. Juzgad vosotros qué placer experimentaríais entonces y que testimonio en mi favor para este dia.

Calisto. Como triunfarias! Que expansion sufriría tu corazon! Pero amigo en que consiste que en la escuela los resultados no son los mismos? Tú nos haces reir alguna vez;

pero es por las mentiras que echas, las cuales nos prueban que no comprendes lo que lees.

Antonio. Clara está la diferencia en los resultados; en la escuela lee para ser corregido, y en su casa para ser admirado.

Cipriano. Tu aire burlon me convence de que te ries del celo con que me defiendo; pero esto no me impedirá el añadir que mi tío que me oyó leer, dijo á mi papá que estaba en disposicion de ganar doce reales en un gabinete de lectura. En fin espero mi premio en esta parte de la instruccion.

Mariano. No te inquietes Cipriano, si no nos dán premio, ya nos consolaremos mutuamente.

Cipriano. No son consuelos lo que yo busco en este dia, sino premios, y desde luego un premio de lectura.

Calisto. Pero no reflexionas; recuerda bien que serian necesarios mas de veinte premios de lectura hasta llegar al puesto que tu ocupas.

Antonio. Está ya demostrado que Cipriano no merece el premio de lectura y mucho menos el de escritura.

Cipriano. Ya se que no perdonareis medio para perjudicarme; pero como mis talentos hablan en mi favor, no pierdo las esperanzas. Tanto por la lectura como por la

escritura espero á pie firme á cuantos quieran disputarme el premio. Además ya sabéis cual es mi habilidad en esta parte y que mis planas pueden competir con las muestras del Sr. Iturzaeta; así es, que para mas adelante cuento con un buen destino, y que segun mi papá me valdrá cuatro mil reales.

Alfonso. Que bella perspectiva! Sensible sería que tu feliz suerte te atragara un gran número de envidiosos.

Cipriano. Pues bien, á mi buen pulso y habilidad es á quien probablemente deberé mi felicidad.

Alfonso. Tus proyectos amigo mio, son dignos de tu noble ambicion, y si yo abrigara las mismas esperanzas, mi corazon rebotaría de alegría. Sin embargo debes saber que la escritura es poca cosa sin la ortografía, y que los premios obtenidos por esta parte de la instruccion, son mucho mas honoríficos que los que se conceden á la escritura.

Cipriano. Y por qué?

Alfonso. Porque la Ortografía es obra del entendimiento mientras que la escritura solo prueba un poco de habilidad.

Cipriano. Qué entiendes tú por Ortografía?

Alfonso. El arte de ser exacto en el empleo de las letras y de los signos modificativos de una lengua.

Mariano. Yo no tengo ningun escrúpulo en cuanto á los signos, y me contento con escribir palabras con letras.

Alfonso. Pero es menester que conozcas que muchas palabras cambian su significado segun con qué letra se escriben y tambien los acentos influyen mucho en esta parte.

Mariano.—Pero que, esto no se comprende cuando se habla?

Calisto. Si; pero y cuándo se escribe?

Cipriano. Cuando se escribe se puede consultar la gramática y el diccionario.

Alfonso. Vaya un buen recurso!

Cipriano. Pues para que se han compuesto esos libros sino para hacer uso de ellos cuando sea necesario?

Antonio. Eso es lo que se llama pagar con buenas razones.

Calisto. Lo mismo que renunciar al premio de escritura.

Cipriano. Y por qué he de renunciar? Si me lo dán, lo aceptaré gustoso; además si en esta parte no estoy muy práctico me hallo en disposición de adelantar por mi aplicación y supongo se tendrán en cuenta mis disposiciones presentes; de consiguiente nada hay de extraordinario en que se me dé un volumen de *La Floresta Infantil*.

Mariano. Si no nos dan *Floresta*, eso menos tendremos que agradecer; además mien-

tras haya en la librería del Arco de Cinèja, quién se aflije?

Cipriano. No seas tan indiferente, es necesario no perder la confianza ni despreciar la generosidad de nuestros bienhechores, y vuelvo á repetir que atenderán á mis disposiciones presentes, es decir, al deseo que tengo de aplicarme á la Ortografía.

Alfonso. Si los premios se concedieran á este título, créo que no habria ni un solo niño que dejase de ser premiado, y por consiguiente los redactores de *La Floresta* tendrian que hacer otra nueva edicion de su primer tomo.

Cipriano. Renuncio, pues, al premio de la Ortografía si no se me quiere dar.

Mariano. Tienes razon Cipriano, á qué fin disputar por un premio mas ó menos?

Cipriano. Esto es tanto mas verdad, cuanto que á esta parte de la instruccion doy menos importancia que á las otras.

Pedro. Ese es propiamente el lenguaje de la zorra, que no pudiendo coger las uvas que devoraba con sus ojos «están verdes, decia.» Segun manifiestas, el premio de Ortografía que es infinitamente preferible al de lectura y escritura, debe ser sin embargo considerado como inferior á este, solo por que has desistido de tus pretensiones.

Cipriano. Si nada tengo que pretender al

premio de la Ortografía no estoy sin esperanza por otra asignatura que me procurará al menos tanta gloria.

Alfonso. Será acaso por la aritmética?

Cipriano. Precisamente lo has adivinado.

Pedro. Vaya un asunto nuevo.

Cipriano. Cómo nuevo? No es acaso en esta materia en la que nadie puede disputarme la preferencia?

Calisto. Olvidas sin duda que tus conocimientos aritméticos están en relacion con la perspicacia de tu entendimiento. Aun parece que te oigo cantar la tabla de multiplicar y sostener con calor que 7 por 8 son 54.

Mariano. Porque se equivocaba.

Cipriano. Precisamente es eso: pero la envidia nada perdona.

Alfonso. A propósito de Aritmética, voy á manifestaros una contestacion que me dió Cipriano hace pocos dias, en la seccion que me está encomendada, y que prueba los medios infalibles de solucion que posee. Le propuse este sencillo problema. «Dime Cipriano, ¿cuántas libras de azúcar he comprado á peseta la libra sabiendo que me han costado seis pesetas?» A esta sencilla pregunta Cipriano, con aquel tono de gravedad que anuncia la suficiencia, me contestó: «Es necesario pesar el azúcar y sabras cuántas libras compraste.»

Pedro. Eso es lo que se llama una respuesta exacta.

Cipriano. Permitidme que os manifieste con la franqueza que me es propia, que sois unos envidiosos. Llamo la atención de esta respetable corporación sobre la conducta que observais hácia mi persona y especialmente sobre la superioridad de mis talentos.

Pedro. Poco á poco amigo, todos nuestros condiscípulos están aquí presentes y si invocamos su testimonio, justificarán nuestra conducta y no podrán menos de decir que tanto derecho tienes al premio de la Aritmética como al de la Ortografía.

Cipriano. Esto es fácil de comprender, porque son tan envidiosos como tú.

Antonio. Estoy persuadido de que tu ambición reclamará el premio de dibujo lineal.

Cipriano. ¿Por qué no? Quién de entre vosotros se atreverá á disputármelo? No he dibujado láminas de una perfección acabada? ¿Qué gusto en la elección del objeto! ¿Qué simetría! ¿Qué elegancia en las formas! ¿Qué exactitud en las proporciones! ¿Qué propiedad en la ejecución! Nada iguala á la finura de mis líneas; no, un premio es poca cosa para recompensar mi talento en el dibujo.

Alfonso. Que modesto estás Cipriano, si no conociésemos tu capacidad en esta parte, llegarías á persuadir á estos señores que nin-

guno de nosotros puede igualarte. Felizmente hay hechos recientes que deponen en contrario, y prueban de una manera auténtica tu ignorancia.

Calisto. Verdaderamente hay motivo para taparse los oídos y no oír hablar contra la verdad de una manera tan escandalosa.

Alfonso. No recuerdas las razones que obligaron á nuestro director á retirar tu lámina el día que las presentamos?

Cipriano. Vuestra envidia, y la superioridad sobre las vuestras.

Alfonso. Pues que se hace preciso decir la verdad, voy á renovar el análisis de tu dibujo: 1.º Se leía en unas letras mal formadas esta inscripción «elevación de un palacio construido con arreglo al orden corintio.» Sus columnas pertenecían al orden toscano. La puerta principal podía servir de ventana; los balcones eran tan raros que con precisión muchas habitaciones debían estar en completa obscuridad, la pieza destinada á la cocina, no tenía chimenea; nada diré de los tres pisos que al parecer tenía el palacio, por que no había escalera para subir. Sin embargo, estas faltas tan groseras nada eran en comparación con la ejecución del dibujo: era imposible distinguir las partes salientes de las reentrantes, y las líneas que las representaban llegaban todas al mismo pun-

to con el mismo grado de fuerza. No concluiría si me detuviera en todos los detalles del resto del edificio. Estos son los títulos que han excluido de la exposicion la obra maestra de tu ingenio, y sin embargo ella es el fundamento de tus esperanzas.

Cipriano. Cómo te atreves á criticar una tan digna produccion de mi ingenio? Veremos las tuyas y entonces se podrá juzgar con acierto, y publicaré altamente tus defectos á fin de confundir tu orgullo.

Alfonso. Nosotros no citamos como tú nuestros dibujos como obras maestras, pues estan muy lejos de serlo; sino como ensayos que prueban nuestra aplicacion. Mas modestos que tú, nos tendremos por dichosos si podemos obtener un testimonio de satisfaccion por nuestros esfuerzos.

Cipriano. So color de modestia postergais mis méritos por ensalzar los vuestros; mejor obraríais reconociendo mi superioridad y vuestra incapacidad.

Mariano. Pero, Cipriano, por qué te inquietas por tan poca cosa? Pues que quieren los premios, déjaseles, esto no debe impedir nuestras diversiones.

Cipriano. No me habléis de juegos: hoy los premios y el honor son el objeto de mis desvelos y espero que pronto sereis testigos de mi triunfo.

Pedro. Hasta tanto que llegue este feliz momento que debe cubrirte de gloria y à nosotros de confusion, no podrias hacernos ostentacion de tus conocimientos en Historia y Geografia?

Cipriano. En cuanto à estas ciencias estoy en mi terreno. Quién de entre vosotros se atreverá à negar mis conocimientos en ellas? Desde luego cedo voluntariamente todos los premios que me pertenecen al que quiera disputar con migo en esta materia.

Alfonso. Y cuentas sinceramente con todos los premios?

Cipriano. Ciertamente, y sin escrúpulo ninguno, porque es muy justo.

Alfonso. Es decir que tambien los de Historia y Geografia?

Cipriano. Vaya una pregunta! Quién puede disputármelos?

Calisto. Con qué justicia?

Cipriano. Precisamente à título de justicia los reclamo.

Calisto. Tambien el de Religion y Moral?

Cipriano. No renuncio à él.

Pedro. Pues lo haces muy mal.

Cipriano. Y por qué?

Antonio. Por que no lo mereces.

Cipriano. Vaya una razon; con decir que no lo merezco crees haber dicho bastante, y quedar victorioso; pero necesito razones mas

poderosas.

Antonio. Yo te las daré y desde luego te digo que no sabes una palabra, apoyando mi proposición en tantos testigos, cuantos son los niños que concurren á la escuela.

Pedro. Yo me ofrezco á declarar el primero y os aseguro que no será en favor de Cipriano.

Cipriano. Bien lo crees; eres demasiado envidioso para que yo pueda esperar de tí algun servicio.

Alfonso. Con que son servicios lo que tú esperas? Vean VV. Señores un homenaje rendido á la verdad.

Cipriano. Poco á poco amigo mio, cuando hablo de servicios no quiero que se me lisonjee á costa de la verdad; solo quiero que se reconozcan mis derechos; nadie detesta la mentira mas que yó, y creo haberlo probado suficientemente con cuanto hasta ahora he manifestado.

Antonio. Oh! Sí, son unas verdades las que has dicho.!

Calisto. Esos son sin duda los méritos que alegas para el premio de religion y moral.

Pedro. Aun citaria yo otros muchos, por que todos sabeis que si hay dos niños distraidos en la oracion, Cipriano es uno de ellos, si hay algunos que llegan tarde á la escuela se encuentra en este número; si se cometen

algunas travesuras fuera de ella, Cipriano marcha á la cabeza de los revoltosos. Su comportamiento en casa ya podeis suponer cual debe ser, porque con frecuencia vereis que sus padres vienen á quejarse al director.

Cipriano. ¿Cómo tu que afectas tanta piedad te atreves á juzgar y condenar al inocente? Qué sabes tu si mis padres vienen á quejarse ó á felicitarse de mi conducta?

Antonio. No es difícil adivinar á qué vienen, porque en cuanto los ves bajas la cabeza y te pones como un fuego en su presencia.

Cipriano. Es posible que habeis de ser tan envidiosos que quereis hacerme perder el fruto de mis trabajos, de mis penas y de mis sudores?

Pedro. No queremos hacerte perder nada, solo si que te se trate segun tus obras.

Cipriano.—Si segun mis obras, y os empeñais en desconocerlas!

Mariano.—Ya te he repetido diferentes veces que no hagas caso de todo ese farrago indigesto de palabras que dicen estos, y mas tratándose ahora del premio de Religión y Moral.

Calisto.—Cómo es eso, Mariano, en tan poco aprecio tienes la Religión? No sabes, que este es el mas necesario de los conocimientos, pues que sin el no se puede ser

feliz en este ni en el otro mundo?

Mariano.—Tu tienes mas conocimientos que yo, lo conozco, pero sin embargo no te empeñes en hacerme adoptar una opinion semejante. Que utilidad, por ejemplo, puede reportarme en este mundo el haber estado en misa el domingo, el hacer mañana y tarde mi oracion y otras practicas religiosas? Que todo esto me sirva para el otro mundo, se comprende; pero en este que quieres tú que me hagan? Seré por eso mas rico ó disfrutaré mas salud?

Pedro.—El lenguaje de Mariano me admira mucho: hasta ahora habia tenido muy diferente opinion, pero las ideas que manifiesta me convencen de que no conoce su Religion.

Mariano.—Desde luego te aseguro de que no hay una página en mi libro que no sepa de memoria.

Alfonso.—Parece, amigo mio, que si has aprendido el libro de Religion y Moral lo has olvidado ya porque sino sabrias que sin Religion no se puede ser feliz.

Mariano.—Ya te apostaria yo á que no encuentras en mi libro esa pregunta, por que el deseo que tengo de ser feliz me hubiera hecho notar la página y ciertamente no la hubiera olvidado.

Alfonso.—Esto no está literalmente, pero se

desprende de la práctica de los deberes. Propongamos algunos principios, seguiremos las consecuencias y verás si llegamos á la prueba mas completa de la proposicion que he sentado. Comencemos. Tu te acordarás sin duda de la respuesta á esta pregunta.

¿Que es lo que mas interesa al hombre?

Mariano.—Vaya si me acuerdo; como que es la primera pregunta, y aunque no lo fuera te lo diria al pie de la letra: «Lo que mas interesa al hombre es tener un verdadero conocimiento de su Dios; y es tan interesante este conocimiento, por que conociéndole no podemos menos de amarle, y amándole nos hacemos dignos de la gloria eterna que es el fin para que hemos sido criados.

Alfonso.—Muy bien, amigo mio, acabas de desenvolver el mas bello código de felicidad que sea posible imaginar, y si todavia continuas haciendote cargo de las demas preguntas de la primera seccion, te convencerás mas y mas del fundamento de tu felicidad.

Cumple las obligaciones comprendidas en esos dos puntos capitales de conocer y amar á Dios y serás feliz en este mundo y en el otro.

Mariano.—Precisamente es eso lo que quisiera que me probaras.

Alfonso.—Para eso, amigo mio, es necesario convenir en qué consiste la felicidad verdadera; los hombres se equivocan en este

punto tomando las apariencias por las realidades.

Mariano.—Si pudieses demostrarme los medios de obtener esta felicidad, no pediría otra cosa.

Alfonso.—Estos medios resultan de la observacion del precepto de conocer y amar á Dios.

Mariano.—No lo entiendo.

Alfonso.—Voy á explicártelo. Si conoces á Dios sabrás que gobierna el mundo con su omnipotencia y que nada sucede sin que él lo ordene; sabrás que es infinitamente justo y bueno y que por consiguiente no aflige en vano á sus criaturas, que ama á todas igualmente; por lo cual sea la que quiera la desgracia con que trate de castigar nuestras debilidades ó de probar nuestra paciencia debemos estar siempre contentos. Y cómo no amarle cuando conocemos todos los títulos que tiene á nuestro amor, creacion, redencion, santificacion, conservacion &c.?

Mariano.—Si es como tu dices, tu secreto no es malo. Con tales razones, concibo perfectamente que debemos estar siempre contentos, pero para mí son de tan poco peso que creo hasta imposible llegar á semejante resignacion. Las desgracias llueven algunas veces sobre los hombres en tan gran número que es necesario ser un santo para sufrirlas

no solamente con alegría sino hasta sin quejarse.

Alfonso. Para dulcificar estas penas tenemos la esperanza de una felicidad eterna que la Religión nos promete. Por ventura, ¿puede uno quejarse de las adversidades que experimenta en este mundo siendo ellas el medio de aumentar nuestra felicidad? Además tenemos la fe y la esperanza para llenar el intervalo que separa el presente del porvenir. Cuando el labrador entra en su casa fatigado, extenuado por el hambre y devorado por la sed, piensa en sentir sus penas? Bien al contrario, la esperanza de la buena cosecha que se le prepara sirve para calmar su ansiedad, y se halla contento.

Mariano. Me veo precisado á admitir la verdad de cuanto acabais de decir y aun recuerdo que mi papá me repetía todas estas cosas. Entonces las oía con placer porque no había contraído el hábito de las diversiones frívolas. Ahora reconozco que son las malas compañías las que me han pervertido, y por esta razón me resuelvo desde este momento á abandonarlas y á volver nuevamente á la senda del deber y de las virtudes que en otro tiempo me hacían aparecer á vuestra vista como un niño bien educado.

Cipriano. Lo que acabais de decir sobre la religión escita todavía mas mis deseos de

obtener el premio de esta asignatura; pero como habeis probado que esta misma Religion quiere una sumision entera á las órdenes de Dios, porque nada sucede sin su voluntad, y esto para el mayor bien de cada uno, me resigno á todo cuanto pueda sucederme.

El presumido.

-«¡Qué encantador voy á salir esta tarde á paseo!» decía un jóven que se hallaba de posada en la calle de Alcalá en Madrid, y en una habitacion contigua á la que yo tenia. «Ama, tome V. estos cuartos y sin la menor dilacion vaya á comprarme un frasquito de pomada para el pelo; pues se me ha concluido la que tenia. Entre tanto cepillaré estas prendas.»

-«Írá V. á visitar á alguna persona de alto copete cuando tan elegantísimo se pone?»

-Ah, no señora, esta tarde voy á salir al Prado; y por cierto que nadie vá á tener valor de hablarme. ¡Vaya! mal que sabré representar el papel con mi pantalon y frac negros, chaleco blanco, guante verde, elegante sombrero, magnífica bota; pues hija, ¿quién va á presentarse como yo? Ninguno. Esta tarde «date tono Pepe.» Pero vaya V., vaya á por eso ni entrás...»

Yo permanecia recostado en el antepecho de un balcon lindante con el suyo, y en seguida vi salir una muger que á poco volvió con un pomo en la mano. Mientras fue y vino se oia murmurar fuertemente:

-«Estoy divino.» pude entender que decía: y no habrian trascurrido diez minutos despues del arribo de su casera cuando ya se hallaba andando por una

de las aceras de la calle dicha, el joven de quien hablamos.

Gallarda figura era la suya y no parecia sino que la Naturaleza habia derramado todas sus bellezas sobre él. Dirigiase al Prado con un andar magestuoso, ademanes finisimos y todo en su muy digno de llamar la atencion; pero con cierto airecillo particular, que no se explicarlo, y que revelaba que se habia poseido demasiado de si mismo, esto es, que tenia algunas cualidades del hombre que vulgarmente llaman *presumido*.

Pero vamos al caso, queridos niños.

Mi intencion era salir tambien á paseo; y en vez de hacerlo por los preciosos jardines de Campo del Moro, del Retiro ó de otro de los muchos con que convida la coronada villa, resolvime hacerlo tambien por el salon del Prado, por ser el mas concurrido y el que mas á la mano me venia.

Apenas hube llegado al estremo que desemboca en la calle de Alcalá divisé á pocos pasos de distancia el joven que habia salido poco antes, que descollaba, (en Madrid es necesario mucho para esto) aunque por su gallardo continente.

Admirado de su esbelta figura me propuse seguir sus huellas y asi lo hice, andando sobre dos ó tres pasos detras. Llegamos frente al monumento del Dos de Mayo, donde existen las cenizas de los que en igual dia del año de 1808, defendieron con tanto patriotismo la independencia de nuestra nacion, y paró de andar. Hice lo mismo.

Sus contorsiones de cabeza, el movimiento continuo del pie derecho, las visuales que dirigia á la obra demostrando que observaba si su construccion se hallaba conforme á las reglas arquitectónicas, (cuando me consta que no entendia absolutamente nada sobre esta materia) todo estaba llamando la atencion del público.

Siguió su marcha; pero, ¡oh fatalidad! ¡Cuán bien

se pagan, queridos niños, las apariencias ridículas y los deseos tontos!

Habia llegado frente al Museo de Pinturas cuando nuestro joven caminaba en el apogeo de su gloria. Era tal la rectitud de su cuerpo, llevaba tan sumamente erguida su cabeza que ni siquiera miraba donde pisaba. Y cuando el inmenso mar de gente que allí se hallaba tenía fijas sus miradas en él cuando todos los que rodeaban aquel espacioso sitio contemplaban su elegante figura y sus ademanes sobrenaturales, perdiendo la dirección en su camino fué á parar insensiblemente dos pasos á la derecha y... ¡zás! se zambulle en cuerpo y alma y todo lo largo que era en una acequia que de tres cuartas de profundidad corría mansamente para fertilizar los árboles que embellecen el paseo.

Él se empeñó en llamar la atención del público madrileño y lo consiguió; pero de qué modo!

No os riais, hijos míos, de este castigo que por su presunción recibió el joven; antes bien compadecedle como yo al verle hecho un corpulento pez; sí, compadecedle como yo al contemplarle perdido el color, avergonzado y sin valor para mirar á la multitud que se habían agolpado movidos por la novedad.

¿Y qué hacer el ya humillado joven?

Ya os lo podeis figurar, lectores míos: tuvo que volverse á casa, echando por sus vestidos continuos hilos de agua, oyéndose las frases sardónicas que por todas partes le dirigian, siendo en fin el blanco de irrisión de todos cuantos encontró en el camino, y murmurando entre dientes. «¡Ah, pobre de mí, cuán cara me ha costado mi presunción!»

Tomad, queridos niños, esta mi anécdota como un aviso para no dar cabida en vuestro pecho ni un átomo imperceptible de tal vicio

Que la modestia y naturalidad vayan siempre con vosotros.

EJECICIOS.

para el desarrollo intelectual.



CHARADA.

Palabra monosilaba
De tres letras compuesta
mi primera te muestra
aspecto encantador.
Y con estruendo horrisono
Ostenta su belleza
Y vése la grandeza
del Supremo Hacedor.
Surca el mortal intrépido
Como fugaz centella
la superficie bella
à impulsos del vapor;
y de riquezas ávido
desprecia la tormenta
y con su genio ostenta
prodigios de valor.
Si juntas solicitó
mi primera y segunda
no temas la confunda
un buen agricultor.
 Cuando en sonido armónico

mis versos voy formando
estoy siempre buscando
la rítmica expresión.

Si de mi voz incógnita
tomas mi tercia y prima
verás que de la rima
se ocupa mi atención.
No es la linterna mágica
segunda tercia y cuarta
si es de la boca-marta
asilo aterrador.

Al centinela impávido
guarece bendadosa
en noches tenebrosas
del frío en el rigor.

Con tercia y cuarta próximas
un nombre propio expreso
pero del bello sexo
es solo aplicación.

Si á mi primera sílaba
le juntas la cuarta
este nombre de....
tendrás sin detención.

También del sexo tímido
nombre propio lo encuentro
y es justo complemento
del verso en suspensión

Un animal cuadrúpedo
nombran segunda y cuarta,
y en su sistema adapta

doméstica mansión.

El todo de mi incógnita
prendas de lujo adorna
y en sùlgidas coronas
destumbra el resplandor.

También sus cuatro sílabas
un nombre propio indican
y tan solo se aplican
al sexo encantador.

Niñas que resolvieron la charada del número anterior.

Del Colegio de D.^a Francisca Eroles.

Adela Biesa.=Constantina Fondebilla.=
Francisca Sancho.

Del de D. Mariano Ponzano:

D. Mariano Blasco, D. Carlos Vila, Don
Andrés id. D. Mariano Gascue, D. Juan id.
D. Ciro Warleta.

PROBLEMAS DE ARITMÉTICA.

1.º Un labrador quiere echar 426 peonías para trabajar un campo, y le cuesta cada una 4 rs.: para pagarlas necesita vender trigo que le pagan á 18 rs. la fanega:

¿se pregunta qué trigo se verá precisado á vender?

2.º Se necesita saber el valor de 86 @ 3 lib. $\frac{1}{2}$ de judias á 48 rs. 13 mrs. la @.

F	O	Y
L	U	A
Q	R	P
A	A	E
L		

Las anteriores letras entran en la composición de los nombres de dos reyes de la raza goda. ¿Cómo se llamaron?

Zaragoza.-Imprenta y librería de José Crespo.